

Foro

REVISTA DE LA FUNDACIÓN FORO NACIONAL POR COLOMBIA

COLOMBIA, EN TRANSICIÓN

ISSN 2805-7406 EN LÍNEA



107

9 772805 740009

EDICIÓN

107

SEPTIEMBRE 2022

SUSCRÍBASE



Foro

La **Revista Foro** es una iniciativa institucional para construir un pensamiento democrático, hacer un aporte al análisis de la realidad nacional e internacional e identificar apuestas políticas encaminadas al logro de una Colombia democrática y en paz.

Suscripción por un año en Colombia (tres números)	\$95.000
Suscripción por dos años en Colombia (seis números)	\$180.000
Suscripción por un año en el extranjero (tres números)	USD 53
Suscripción por dos años en el extranjero (seis números)	USD 95
Suscripción digital por un año en Colombia (tres números)	\$57.000
Suscripción digital por un año en el extranjero (tres números)	USD 21

Publicada con el apoyo de:



Contáctenos para brindarle más información:

Teléfonos: 601 2822550 - Fax: 601 2861299

www.foro.org.co

contactenos@foro.org

Foro

EDICIÓN 107 SEPTIEMBRE 2022

LICENCIA NÚMERO 3886 DE MINISTERIO DE GOBIERNO

Director

Jaime Zuluaga Nieto

Editor

Fabio E. Velásquez C.

Comité Editorial

Orlando Fals Borda (†)

Alejandro Angulo, S.J.

María Eugenia Sánchez

Fabio E. Velásquez Carrillo

Ricardo García Duarte

Jaime Zuluaga Nieto

Claire Launay

Marcela Restrepo Hung

Asamblea de Miembros de Foro

Francisco Mejía Lema

Fabio E. Velásquez Carrillo

Esperanza González Rodríguez

Diógenes Rosero Durango

Nohema Hernández Guevara

Carlos Moreno Ospina

Marcela Restrepo Hung

Joaquín Tovar

Mario Freddy Martínez

Diseño y diagramación

Azoma Criterio Editorial Ltda

www.azoma.net

Fotografías

Ministerio del Transporte

Comisión de la Verdad

Centro Democrático

Archivo particular

Unsplash

Secretaría de Cumbres de las Américas

Presidencia de la República del Ecuador

Brasil de Fato

Cinu Bogotá

Impresión

Editorial Gente Nueva S.A.S.



Revista Foro es editada, impresa y distribuida por la Fundación Foro Nacional por Colombia gracias al apoyo de: Brot für die Welt (Pan para el Mundo) y la Fundación Ford.

Valor del ejemplar: \$ 30.000

Distribución y suscripciones

Cra. 4A No. 27-62 - Teléfonos: 282 2550 Fax: 286 1299
Bogotá, D.C. - Colombia

Contacto

www.foro.org.co

contactenos@foro.org.co

[@foronacionalcol](https://www.facebook.com/Foronacional) - [facebook.com/Foronacional](https://www.facebook.com/Foronacional)

¡Estamos de celebración!

Cumplimos 40 años de fundación



Foro, tras 40 años de existencia, reafirma su compromiso con la construcción de la democracia. Seguiremos trabajando para avanzar en la formulación de propuestas y en la promoción de acciones orientadas a la democratización de la sociedad.

Foro

Apreciado lector(ra) le invitamos a conocer nuestras páginas web. Allí usted encontrará información sobre nuestra organización, así como de los programas, proyectos y actividades que desarrollamos. Además, podrá acceder a varias de nuestras publicaciones de manera gratuita. 

Fundación Foro Nacional por Colombia

<https://foro.org.co/>
contactenos@foro.org.co

Foro Capítulo Región Central

<http://fundacionfororegioncentral.org/>
info.bog@foro.org.co

Foro Capítulo Costa Atlántica

<https://wp.fundacionforoatl.org/>
costa@foro.org.co

Foro Capítulo Suroccidente

<http://forosuroccidente.org/>
info.suroccidente@foro.org.co

Editorial

¿Colombia en transición?	4
--------------------------	----------

Colombia en transición

La derrota de la derecha y su porvenir	
Yann Basset	8
“Ya se respira otro ambiente”	
Eduardo Arias Villa entrevista a Patricia Lara	16
Repensando el futuro de la economía colombiana	
Jorge Iván González	18
La Paz Total y las negociaciones con el ELN	
Jaime Zuluaga Nieto	23
Seis riesgos para la democracia, seis acuerdos para protegerla	
Alianza Democracia en Riesgo	32
4 años, 7 meses y 19 días para superar las memorias defensivas	
El legado de la Comisión de la Verdad	
María Cielo Linares	43
Un informe totalmente sesgado	
Hernando Llano Ángel	53
La desaparición forzada durante el conflicto armado, 1959-2016	
Federico Andreu-Guzmán	60

Internacional

Chile en la coyuntura actual	
Alejandro M. Schneider	72
Elecciones presidenciales en Brasil 2022: dilemas entre la inclusión y la fragmentación	
José Vicente Tavares dos Santos, André Marengo	79
Cumbre de las Américas: la respuesta latinoamericana ante la embestida de Biden	
Leandro Morgenfeld	93

¿Colombia en transición?

En un hecho de significación histórica, Gustavo Petro y Francia Márquez se posesionaron el pasado 7 de agosto como presidente y vicepresidenta del país. Desde mediados del siglo XIX, cuando surgieron los que se consolidaron como partidos tradicionales, Liberal y Conservador, es la primera vez que llega a la presidencia un candidato ajeno a ellos o que no ha contado con su apoyo en la contienda electoral y que, además, se proclama progresista, lo que para una buena parte de la población es sinónimo de izquierdista. La significación es mayor, como quiera que su militancia política inicial se dio en el seno del Movimiento 19 de abril, M19, la que fuera la más influyente, políticamente, de las organizaciones insurgentes en los años ochenta del siglo XX. Francia Márquez, afrodescendiente, lideresa social ambientalista de origen popular, aportó en forma decisiva para el triunfo electoral, en una sociedad tan marcadamente racista, clasista y machista. Si fue sorprendente que con esas características y en una sociedad tan conservadora como la nuestra ganaran las elecciones, también lo fue el que se posesionaran, dados los precedentes de magnicidios como los asesinatos de Jorge Eliécer Gaitán, Luis Carlos Galán, Jaime Pardo, Bernardo Jaramillo y Carlos Pizarro. Algo en Colombia está cambiando, lo que nos permite formularnos la pregunta de si estamos en un período de transición.

Visto en perspectiva, el triunfo del Pacto Histórico tiene que ver con los efectos de la globalización neoliberal que ha acentuado las desigualdades a niveles insospechados,

agudizado las tensiones y los conflictos y acelerado el malestar con las democracias. Efectos que, en unos casos, han servido al fortalecimiento de corrientes de derecha y, en otros, han favorecido el fortalecimiento de corrientes de izquierda o progresistas. En nuestro caso, las negociaciones de paz que hicieron posible que las FARC-EP salieran de la guerra, favoreció la expresión de inconformidades y demandas durante mucho tiempo represadas por las manifestaciones de violencia, tanto por parte del Estado como por las insurgencias y otras organizaciones armadas ilegales. El Paro Nacional Agrario de 2013 y el universitario de 2018 fueron las primeras expresiones de ese despertar ciudadano. Los paros nacionales de 2019 y 2021, con su policlasismo, la polifonía de sus demandas y la magnitud de las movilizaciones, así como la crudeza de la represión gubernamental, fueron la manifestación de la profundidad de la inconformidad y del fortalecimiento de la participación ciudadana a través de la democracia callejera.

Petro y Márquez encarnaron esa inconformidad vuelta voluntad de cambio. La amplia coalición política que acompaña al gobierno, de la que hacen parte las fuerzas políticas tradicionales que ayer eran sus opositoras, garantizan, hasta el momento, la gobernabilidad sin hacer concesiones en el programa de gobierno. Este propone, entre otros objetivos, lograr una transición energética hacia el uso de energías limpias, dejar atrás el extractivismo y promover una economía productiva, impulsar la democratización integral de la sociedad y del Estado, combatir la desigualdad

“ El triunfo del Pacto Histórico tiene que ver con los efectos de la globalización neoliberal que ha acentuado las desigualdades a niveles insospechados, agudizado las tensiones y los conflictos y acelerado el malestar con las democracias.”

y la exclusión social y garantizar los derechos de la población, muchos de ellos ya consagrados en la Constitución Política de 1991, así como ponerle fin a la guerra. Como dice el programa de gobierno, se trata de hacer de Colombia una potencia de la vida. El despeque del gobierno no ha sido fácil: la reforma tributaria redistributiva ha despertado fuertes resistencias, las propuestas de cambios en la política minero-energética y las políticas ambientalistas movilizan las resistencias del capital, los llamados a la negociación política con los grupos armados no han logrado reducir las violencias. A pesar del liderazgo del presidente y la vicepresidenta, de la importancia dada a las regiones, y de los esfuerzos por articular la acción del gobierno, el Congreso y la sociedad, aún no logra transmitirse a la población la sensación de un trabajo unificado y coherente del equipo de gobierno. Se percibe un cierto desorden e improvisación en el funcionamiento del equipo de gobierno en formación.

Las expectativas despertadas son muy grandes, las exigencias de acierto muy altas nacional e internacionalmente. La presencia de un gobierno progresista en Colombia, que ha propuesto revisar la política contra las drogas y el manejo de la extradición con los EEUU, y comprometido su apoyo al renovado impulso de los procesos de integración y unidad continental, ha oxigenado el progresismo en el continente. De triunfar Lula en el Brasil, en las elecciones de octubre, se reforzará ese impulso, a pesar del retroceso que significa la no aprobación de la Constitución en Chile que recogía las demandas de las movilizaciones de hace tres años.

La presentación del Informe Final de la Comisión de la Verdad constituyó otro hecho de particular relevancia e incidencia en el mo-

mento actual. Se trata de un trabajo riguroso cuya difusión hay que promover y someterlo a revisión crítica. Es la primera vez en nuestra historia reciente que se presenta para su conocimiento y análisis un documento de esa magnitud que recoge la voz de millares de víctimas y ofrece sistematizaciones de los procesos violentos que han marcado más de medio siglo de nuestra historia. Su difusión, conocimiento y análisis será un ejercicio de construcción de ciudadanía y desarrollo de cultura democrática. Las recomendaciones que formula la Comisión son un desafío para los gobiernos y las organizaciones sociales y políticas para mirarnos en el espejo y comprometernos en la transformación de la sociedad para que lo que vivimos no vuelva a

repetirse. Con sus errores y aciertos, omisiones y contribuciones el informe es una radiografía, tan descarnada como la realidad, de los crímenes cometidos por las insurgencias, los paramilitares, los agentes estatales; de los entramados perversos entre el narcotráfico, el paramilitarismo, sectores del Estado, de grupos de empresarios en aras de garantizar procesos de acumulación y acrecentar las ganancias; de la degradación del conflicto armado interno y de la magnitud del sufrimiento y victimización de amplios sectores de la población. Y una contribución invaluable a los procesos de reconciliación.

Su publicación no puede ser más oportuna en momentos en los que terminó un gobierno durante el cual se escalaron las violencias en gran medida al amparo de las políticas adoptadas, se deterioraron las instituciones, se erosionó la independencia de los poderes, se colocaron los organismos de control al servicio del ejecutivo, la corrupción se multiplicó y extendió. En síntesis, se debilitó aún más nuestra precaria democracia.

“A pesar del liderazgo del presidente y la vicepresidenta, de la importancia dada a las regiones, y de los esfuerzos por articular la acción del gobierno, el Congreso y la sociedad, aún no logra transmitirse a la población la sensación de un trabajo unificado y coherente del equipo de gobierno.

El gobierno de Duque se comprometió a fondo para hacer trizas el Acuerdo Final. Interfirió en la consolidación del sistema integral de verdad, justicia y reparación, sin lograr paralizarlo. Obligado a aplicar el Acuerdo Final, por la normativa legal y los compromisos internacionales ante países y organismos multilaterales, optó por desnaturalizarlo saboteando el carácter integral de su implementación. Del punto sobre el fin del conflicto, privilegió la reintegración individual por sobre la reincorporación colectiva; de los PDET escamoteó la construcción de los proyectos desde abajo, una vez agotadas las consultas previas e impuso una implementación vertical y centralizada. Ni los recursos de la paz escaparon a las garras de la corrupción.

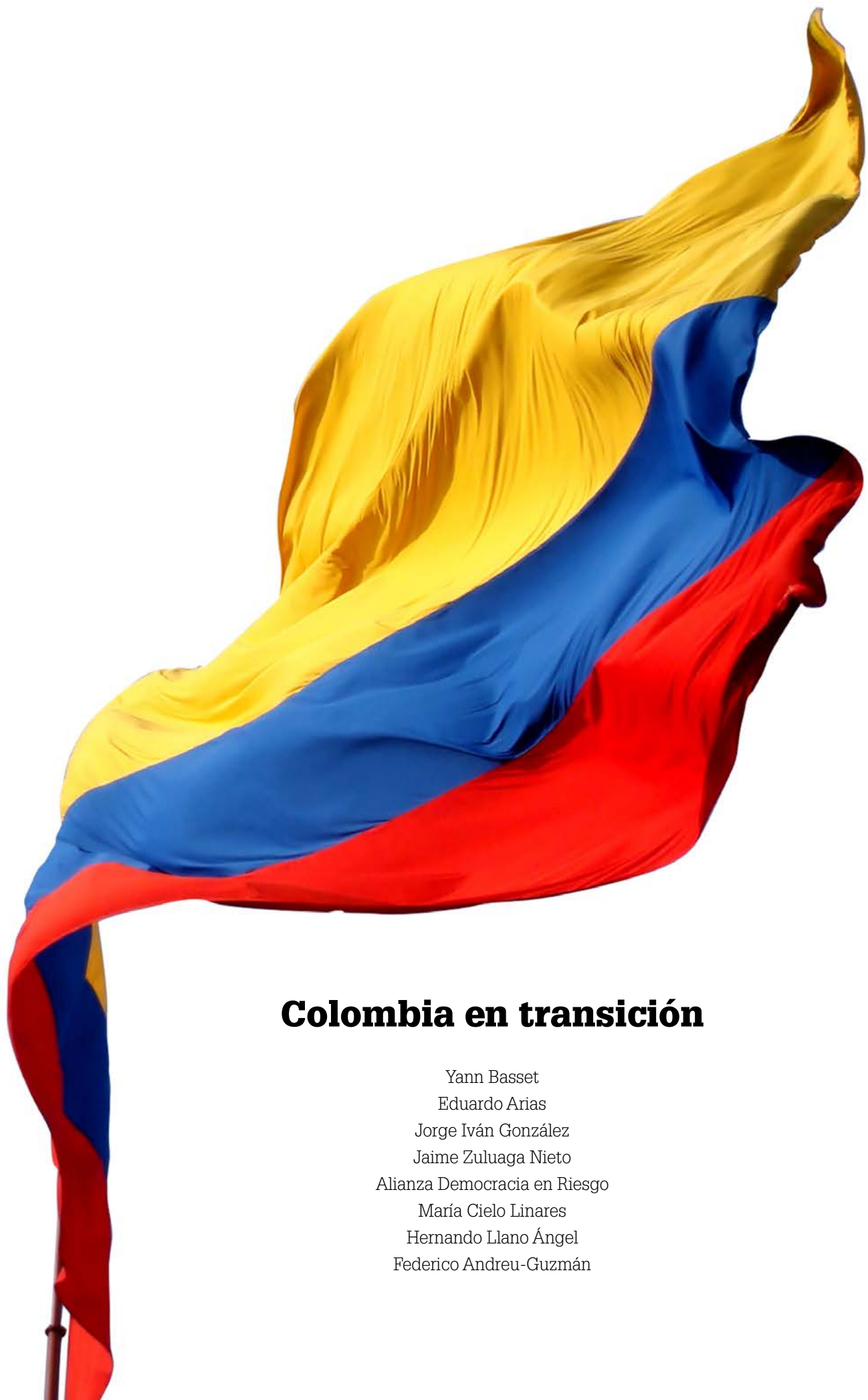
La pandemia, que tanto daño nos hizo, se convirtió en el escenario en el que el gobierno de Duque puede mostrar resultados positivos en materia de pedagogía masiva en políticas de prevención y amplia cobertura de la vacunación.

Una de las ventajas de las democracias liberales es la temporalidad de los gobiernos.

Los gobiernos terminan, por fortuna, y otros comienzan.

Tal vez podemos responder afirmativamente el interrogante con que iniciamos este editorial: estamos en transición, en una transición, como todas, de resultados inciertos. Pero hay en el contexto actual una serie de elementos que permiten pensar, sin hacer gala de un optimismo ingenuo, que muy probablemente esta será una transición en la que se fortalecerán las ciudadanías, se profundizará la democracia y se crearán las condiciones para avanzar hacia una sociedad mas incluyente y equitativa, menos desigual, más solidaria. Ello dependerá tanto de la coherencia del gobierno y de los aciertos y capacidad de rectificar cuando sea necesario en la ejecución de su programa, como y por sobre todo, del compromiso activo de la ciudadanía para ejercer control sobre los poderes públicos, fortalecer y consolidar espacios de participación incidentes y movilizarse en la construcción de una democracia integral con la conciencia de que su futuro depende de su propia acción y compromiso. Colombia está cambiando... ■





Colombia en transición

Yann Basset

Eduardo Arias

Jorge Iván González

Jaime Zuluaga Nieto

Alianza Democracia en Riesgo

María Cielo Linares

Hernando Llano Ángel

Federico Andreu-Guzmán

La derrota de la derecha y su porvenir

Yann Basset

Director del Grupo de Estudios de la Democracia DEMOS UR. Facultad de Estudios Internacionales, Políticos y Urbanos, Universidad del Rosario.

La tercera fue la vencida para Gustavo Petro quien pasará a ser el primer Presidente de la República de Colombia de izquierda. Un largo camino ha transcurrido desde el principio del siglo XXI. La derecha, que parecía hegemónica bajo el firme liderazgo de Álvaro Uribe fue finalmente derrotada. Aunque la victoria del NO en el plebiscito de 2016 y la de Iván Duque en 2018 le permitió recobrar el poder perdido durante los mandatos de Juan Manuel Santos, no revertió la lenta tendencia a la erosión que nos llevó a la victoria de Petro.

El ciclo electoral de 2022 fue un verdadero calvario para Centro Democrático, el partido del expresidente que enarbó sus banderas. Fue primero un franco retroceso en las legislativas, en las que el movimiento pasó de ser el primer partido del país al quinto, perdiendo 6 senadores y 16 representantes a la Cámara. Consciente de su impopularidad, se mantuvo oficialmente aparte de la coalición de derecha Equipo Colombia, lanzando la candidatura testimonial de Oscar Iván Zuluaga antes de retirarla para plegarse al vencedor de la consulta de la derecha (no sin haber influido discreta pero eficazmente en la victoria de Federico Gutiérrez en la misma). Esta jugada también terminó fracasando con la eliminación de esta opción en primera vuelta en provecho de Rodolfo Hernández. Finalmente, los que querían ver en el exalcalde de Bucaramanga el salvador de la derecha tuvieron que resignarse. Ni él pudo interponerse en la ruta de Gustavo Petro hacia la Casa de Nariño.

Desorientada, la derecha aceptó su derrota en un contexto en que los partidos y personalidades más opuestos al presidente electo aparecen ahora dispuestos a entablar un diálogo con él, cuando no a sumarse a su coalición de gobierno. Mientras los analistas se interrogaban sobre la capacidad de Petro de

organizar una mayoría en el Congreso electo en 2022, parece ahora que el Centro Democrático corre el riesgo de quedarse solo en la oposición. Hasta Álvaro Uribe anunció su disposición a encontrarse con Gustavo Petro.

El declive del uribismo parece difícil de revertir. Su dominación política quedó severamente golpeada y deja un vacío que la derecha tiene ahora el desafío de llenar, haciendo un inventario en la herencia de Uribe para decidir qué es lo que quiere conservar y qué es lo que tiene que cambiar. En efecto, si la derecha ha sido derrotada en estas elecciones, puede contar todavía sobre un potencial electoral que no desaparece. Las estructuras del voto no han sido alteradas en estos escrutinios, al contrario, se profundizaron. La derecha necesitará reinventarse para volver a movilizar sus bases desde la oposición.

Los alcances de la derrota

Es difícil minimizar el desastre que han sido estas elecciones para el uribismo. Las presidenciales son las primeras en este siglo que no se decidieron en torno a él. Podemos decir que son las primeras elecciones presidenciales del post-uribismo. Los comentaristas adversos han podido ironizar con razón sobre los fracasos sucesivos del plan A (la candidatura propia de Zuluaga), del plan B (la candidatura uribo-compatible de Federico Gutiérrez que el Centro Democrático contribuyó a elegir en la consulta de la derecha), y del plan C (la opción de Rodolfo Hernández como la mejor para derrotar a Petro a pesar de no ser tan fácilmente asimilable a la derecha). Todo le salió mal al uribismo. Para colmo, en las legislativas, el partido de Uribe ha sido golpeado en sus bases electorales más firmes: el mundo rural del centro del país, que se volcó de nuevo hacia los partidos tradicionales, o a veces hacia candidatos de la coalición de Centro Esperanza.



Podemos ver la victoria de Gustavo Petro como ante todo una derrota de la derecha. Si la izquierda logró sumar cada vez más votos, desmintiendo escrutinio tras escrutinio la tesis según la cual existía un supuesto “techo” a su votación, es porque la derecha no ha logrado esta vez oponerse eficazmente a su empuje. En 2018, lo había hecho imponiendo a un candidato casi desconocido y jugando sobre el miedo que suscitaba una posible victoria del “castrochavismo”. En 2022, este discurso desgastado ya no era suficiente, y los temores que seguían en varios sectores de las élites económicas o políticas ya no fueron trasladados tan fácilmente al conjunto de la población. La derecha no pudo inventar algo tan eficaz para reemplazar el miedo al castrochavismo de 2018 para ganar.

Por supuesto, la impopularidad del gobierno Duque fue un factor importante. La incapacidad del presidente saliente a dialogar con los

manifestantes en las dos grandes y violentas olas de paro nacional, la represión que dejó un saldo trágico de muertos y heridos sin una palabra de contrición por parte del gobierno, el encierro progresivo en un círculo cada vez más restringido de incondicionales que hizo perder el contacto entre el Presidente y la opinión pública, salvo un breve momento durante la pandemia, marcaron el sello de un balance poco halagador. Pero sería demasiado simple culpar exclusivamente al gobierno Duque del declive del uribismo, cosa que parte del uribismo parece dispuesta a hacer. Después de todo, las encuestas mostraron que el mismo Uribe se volvió impopular muy rápidamente cuando arrancó el gobierno Duque, un fenómeno que trastornó completamente el panorama político y que todos subestimaron, empezando por los propios uribistas.

Visto a distancia, la oposición cerrada de Uribe al acuerdo de paz, victoriosa en

el plebiscito de 2016, fue probablemente también el principio de su decadencia. El expresidente se jugó todo el enorme capital político que tenía en ese combate, con el riesgo de aparecer como el que descarriló la paz por terquedad e intransigencia a mantener su discurso e imagen de salvador de la Patria. En este sentido todos los obstáculos y retrocesos que pudieron registrarse durante el gobierno de Duque podían ser atribuidos a la mala voluntad del gobierno en la implementación del acuerdo, bajo la influencia de su mentor, aun si eso era a veces injusto. El aumento de los asesinatos de líderes sociales en las regiones más duramente tocadas por la violencia fue considerado como responsabilidad del gobierno y del uribismo, y empezó a quitarle credibilidad. Por lo demás, si bien el uribismo ha-

bía logrado interpretar las reticencias de muchos sectores de la población frente a concesiones que el acuerdo de paz otorgaba a la ex guerrilla, subestimó la esperanza que el acuerdo había generado, en particular entre los jóvenes urbanos que veían una oportunidad histórica de superar el conflicto que había mantenido muchas regiones del país en la violencia y la pobreza. Esta juventud que soportó el acuerdo en su momento llegó a la edad adulta durante el mandato de Duque. Es la que se movilizó en la calle contra la indolencia percibida del gobierno frente la persistencia de la

violencia en muchas regiones. Desde luego, había muchas reivindicaciones heterogéneas en el primer paro nacional que empezó a sellar la suerte de la presidencia de Duque al final de 2019, pero había un eslogan dominante que se volvió cada vez más obvio e insistente en las protestas en los años siguientes, y era un eslogan dirigido

personalmente contra Uribe, con nombre propio, e insultos.

Es en este contexto en el que Petro pudo ganar la elección. Lo hizo construyendo en su “Pacto Histórico” una coalición con los dirigentes y fuerzas que habían acompañado a Juan Manuel Santos, y lo hizo con las bases electorales pro paz derrotadas en 2016 y 2018.

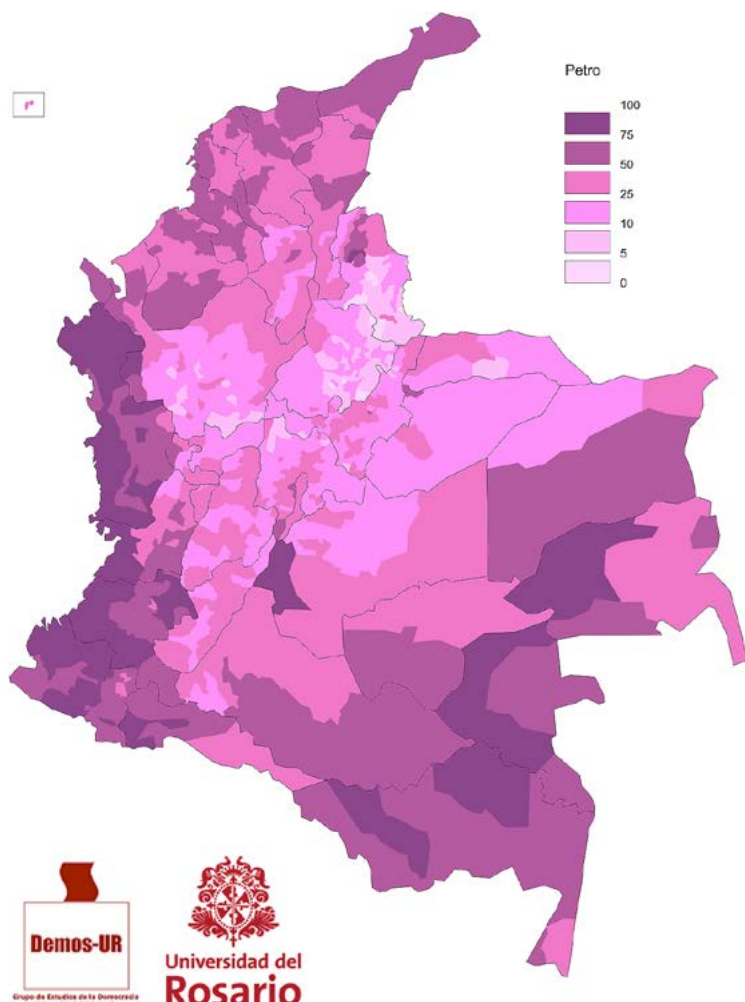
La profundización de los clivajes electorales

Desde los resultados de la consulta presidencial de marzo a los de la segunda vuelta del pasado 19 de junio, Gustavo Petro creció electoralmente sobre las mismas bases: la periferia geográfica del país, es decir, las dos costas Caribe y Pacífico, el sur del país, en particular, el sur-occidente con Cauca, Nariño y Valle, y los barrios populares de las grandes capitales del país, empezando por los de la capital de la República.

Esta configuración no es nueva, y no sorprende. El mapa de los resultados de Petro (mapa 1) tiene un parecido muy llamativo con el de 2018, con el Sí al acuerdo de paz de 2016, o con la reelección de Juan Manuel Santos en 2014. Se trata de unas estructuras duras de la votación en Colombia que caracterizan los resultados de los comicios desde la apertura de las negociaciones entre Santos y la guerrilla de las FARC.

Lo que llama la atención en esta oportunidad es que se profundizaron estos clivajes cuando en realidad, el tema de la paz no estuvo tanto en el centro de las discusiones en esta campaña. Petro no ganó porque logró quitar parte de su electorado a la derecha. Aunque hubo algunos logros en este sentido, por ejemplo, en las tres capitales del eje cafetero, estos no fueron la principal razón de la victoria de la izquierda. Al contrario, Petro consiguió la victoria con base en una estrategia de consolidación en sus baluartes. No era algo fácil, porque en esta configuración, tiene que movilizar un electorado frágil y propenso a la abstención. Las costas son las que tienen la participación electoral más débil en las elecciones presidenciales; lo mismo se puede decir del electora-

“El aumento de los asesinatos de líderes sociales en las regiones más duramente tocadas por la violencia fue considerado como responsabilidad del gobierno y del uribismo.

MAPA 1 – Votación por Gustavo Petro en segunda vuelta 2022

do urbano en comparación con el rural, de los barrios pobres en comparación con los ricos, y de los jóvenes en comparación con los mayores. Es con un gigantesco esfuerzo para movilizar todos estos públicos en una campaña eficaz en terreno como se logró finalmente la victoria.

Al contrario, la derecha se dividió y debilitó según una lógica que hay que observar con cuidado. A primera vista, la división del voto del centro del país entre Rodolfo Hernández y Federico Gutiérrez en primera vuelta se hace según una lógica regional en función del origen del candidato. Hernández ganó en Santander y por extensión, en toda la cordillera oriental, mientras Gutiérrez se quedaba con Antioquia y con el eje cafetero.

Las cosas son en realidad un poco más complejas. Hernández logró desde la primera vuelta quitarle a la derecha sus bases rurales en el centro del país, mientras Gutiérrez lograba mejores resultados en el mundo urbano. Le ganó en Medellín, por supuesto, pero también en Cali, Barranquilla y Cartagena, mientras Hernández ganaba con un margen pequeño en Bogotá sobre su adversario de derecha. Gutiérrez también logró retener el voto de las clases altas urbanas, mientras Hernández tenía un voto mucho más parejo (pero menos estructurado) entre los estratos de las ciudades.

En la segunda vuelta, Hernández progresó fundamentalmente en el electorado que había sido el de Gutiérrez en primera vuelta, como era lógico y esperado, pero en esta tarea de recomponer el voto de derecha que había sido el de Duque en 2018 (o el del No en 2016 y el de Zuluaga en 2014), le faltaron algunas piezas. No progresó lo suficiente en las ciudades, ni en el eje cafetero. Sobre todo, mientras estaba en esta tarea de reconstruir detrás de él las bases del voto de la derecha, dejó el terreno para que Petro ganara aún más en sus propios bastiones.

Así, mientras Gutiérrez había tenido resultados bastante buenos en ciertas zonas del Caribe en comparación con Duque en 2018, Hernández perdió estas avanzadas. En cuanto a la costa Pacífica y el sur, Petro se volvió francamente hegemónico, aprovechando probablemente la presencia de Francia Márquez a su lado.

Mirando hacia el futuro

Llamó la atención que todos los adversarios de Petro hayan reconocido rápidamente la derrota sin contestación. Rodolfo Hernández lo hizo inmediatamente y desautorizó a sus partidarios interesados en mover la narrativa del fraude. Lo hizo también el presidente Duque y el propio Álvaro Uribe. Este último no se quedó ahí y aceptó incluso reunirse con el presidente electo, respondiendo a su mano tendida y dando credibilidad a su idea de “Gran Acuerdo Nacional”. Esta transición suave, mucho más fácil de lo que hubiéramos

podido esperar después de una campaña larga y dura, sugiere que todos están empeñados a pasar la página y a preparar un porvenir que se anuncia complicado para la derecha.

En poco tiempo, Gustavo Petro logró organizar una coalición mayoritaria en el Congreso con el apoyo de la Alianza Verde, el partido Liberal, y el partido de la U. Este último hacía parte de la coalición de Duque. Los congresistas conservadores anunciaron a su vez su intención de moverse en la misma dirección contradiciendo sus principios ideológicos, más claramente opuestos a la izquierda que los de los liberales y de la U. Desde luego, ponemos ver en eso la confirmación de la vocación gobernista de los partidos tradicionales colombianos, aun si la integración de todas estas fuerzas en una coalición oficialista no significa un cheque en blanco para Gustavo Petro que tiene que hacer votar un programa de reformas profundas.

Queda sin embargo un compás de incertidumbre. La jugada de los congresistas conservadores no hace la unanimidad en las toldas azules. Tanto el presidente del partido, Omar Yepes, como el expresidente Andrés Pastrana mostraron sus disgustos y rechazos a la decisión. Por el lado de Cambio Radical, no se ha tomado todavía una decisión clara. Germán Vargas, jefe del partido, ahora reforzado por la sonada derrota de sus rivales de la casa Char en la consulta de marzo, ha mostrado también su disposición a aceptar un diálogo con Petro que no significa de por sí su adhesión al gobierno. La bancada cristiana a su vez está dividida entre sus principios opuestos a la izquierda y su vocación a participar constructivamente en la agenda legislativa que ha demostrado en el pasado.

Más allá de las declaraciones oficiales de oposición o “gobiernismo”, necesitaremos esperar la composición completa del gobierno y varios meses de funcionamiento para apreciar correctamente la posición de los unos y los otros. Se tendrá que decantar el clima de distensión post campaña para que todos los jugadores se acomoden a sus nuevas posiciones. La confusión que se instaló entre los distintos niveles de acercamiento conciliadores

que Gustavo Petro propició desde el nivel de la campaña, a saber, la coalición electoral del Pacto Histórico, la coalición de gobierno del Frente Amplio, y el Gran Acuerdo Nacional, no ayuda a clarificar la situación. Implican sin embargo cosas muy distintas. La primera es una alianza política de izquierda que funciona como un casi partido político que presenta candidaturas únicas y que, a pesar de episodios de tensiones internas, se proyecta hacia el largo plazo. El segundo es una coalición más puntual de cogobierno entre izquierda y aliados. El tercero es un espacio de diálogo sobre el funcionamiento del sistema y la convivencia, que implica la presencia de adversarios políticos y también sectores sociales diversos. No implica una alianza. Cada actor buscará definirse en estos distintos escenarios.

La oposición, en su sentido estricto, se define sobre el segundo nivel, en contra de la alianza de gobierno. Implica no participar a la coalición electoral de primer nivel, como es obvio, pero no va atada a una actitud necesaria en el tercer nivel. De hecho, participar en el diálogo convocado por el presidente electo puede ser una buena manera de mandar señales de renovación que serán decisivos en una recomposición de la oposición de derecha. Esta parece ser la posición de Centro Democrático, único partido en haber anticipado que será oposición en el momento en que escribimos. No obstante, tendrá posiblemente competidores y tendrá que digerir las lecciones de este ciclo electoral.

La hipótesis Rodolfo

Se ha dicho que Rodolfo Hernández no representaba a la derecha, y que incluso su programa se parecía mucho más al de Petro que al de Federico Gutiérrez. Si la segunda cosa es cierta, la primera no lo es tanto. En realidad, aun con sus limitantes en llegar a todos los electores de Gutiérrez de primera vuelta, Rodolfo Hernández logró el apoyo de un electorado que es bastante parecido al electorado de Duque de 2018. El reflejo anti-Petro de este electorado ofrece seguramente una parte de la explicación de este fenómeno, pero hay mucho más.

Como queramos verlo, Hernández propuso en esta elección un discurso que resultó más convincente para la derecha que el de Gutiérrez. Este último no fue suficientemente audaz en su tarea de diferenciarse del uribismo sin renegarlo. Hernández en cambio marcó distancias muy explícitas con él, asimilándolo a la clase política que rechazaba en su conjunto. No obstante, al observar mejor el discurso de Hernández (más que su programa al que él mismo no parecía dar demasiada importancia), uno se da cuenta de coincidencias interesantes que los electores de derecha habrán podido identificar.

El discurso anti política de Hernández no se contentaba con estigmatizar los políticos por corruptos, una idea popular y banal pero insuficiente. Rechazaba en realidad la política en su conjunto, como una actividad sospechosa, intrínsecamente sucia, y fundamentalmente inútil. Al presentarse como el “ingeniero”, el que hacía las cosas bien en vez de perder el tiempo discutiendo, echaba la duda sobre la utilidad de la deliberación democrática. El tema aquí era de gerencia técnica y no de política, una idea familiar entre otros líderes de la derecha como Enrique Peñalosa, por ejemplo.

Más aun, Rodolfo Hernández es no solo el “ingeniero” sino además un empresario, y no perdió la ocasión de exaltar la figura del empresario exitoso contra la del funcionario público inútil. La propuesta de Hernández apuntaba a “gerenciar” el Estado como una empresa, con sus mismos criterios de eficacia. Es muy ilustrativo que una de las cosas que más mencionó entre sus éxitos en su paso en la alcaldía de Bucaramanga fue haber dejado un superávit en las finanzas de la ciudad. Anótese de paso que este sesgo pro sector privado es tan extenso que pocos se atrevieron a objetar que un superávit en las finanzas públicas puede ser de hecho una señal de mala gestión: puede significar que el gobierno local no logró ejecutar su presupuesto para cumplir sus funciones correctamente, o que recaudó demasiado en detrimento de los agentes privados.

Esta exaltación del sector privado y desprecio por el sector público (que aparecía en su

discurso cuando evocaba los clichés sobre los horarios laborales de los funcionarios públicos y demás), fueron claramente referencias a ideas de derecha. Exaltan el empresario contra la administración pública, el independiente preso de la burocracia estatal que “no deja trabajar”. Creó un claro contraste con el discurso de Petro cuyas propuestas casi siempre involucraban un papel reforzado del Estado para resolver los problemas. Entró claramente en resonancia con los electores del mundo rural, acostumbrados a la ausencia o ineficacia de un sector público precario, y también probablemente con los numerosos trabajadores del sector informal urbano, incluso de los sectores populares.

Este discurso envuelto en unos adornos populistas dirigidos en contra de la clase política, impopular por naturaleza, se reveló muy eficaz, e indica probablemente un camino para la derecha a futuro.

Por otra parte, Hernández trató de evitar las divisiones que suscita el tema de la paz. Sobre esto, a pesar de haber votado NO al plebiscito de 2016, se separó del uribismo y mostró su disposición a implementar el acuerdo. En los temas de sociedad como el aborto, los derechos de la población LGBT, etc., trató de lucir un pragmatismo mucho más adecuado a las evoluciones de la sociedad moderna que las referencias de la derecha tradicionalista y conservadora, por más que traicionó referencias machistas propias de las ideas dominantes de su generación y de su entorno. Sin embargo, en materia económica, propuso en un lenguaje popular que resultó muy eficaz una predica promercado y proempresarial que fue muy exitosa.

La propuesta de Rodolfo, y sus más de 10 millones de votantes de segunda vuelta le abren de hecho las puertas del liderazgo de la oposición. Políticamente, Hernández tendría la oportunidad de imprimir su marca sobre la recomposición de la derecha.

“Hernández propuso en esta elección un discurso que resultó más convincente para la derecha que el de Gutiérrez.

“ Si el liderazgo de Hernández apuntaría a un cambio extremo para la derecha, la vía opuesta sería volver al uribismo que la dominó en las dos últimas décadas.

No obstante, no parece interesado en hacerlo. Si bien decidió aceptar la curul de la oposición, anunció que no quería hacer oposición y que se definiría como independiente. Esto puede ser coherente con su discurso anti política (aunque quizás lo más coherente desde este punto de vista sería no aceptarla), pero parece cerrarle la puerta a jugar un papel en la redefinición de la derecha. Por lo demás,

Hernández ha demostrado en el pasado tener poca disposición práctica para la política. Ha sido un concejal ausente en su momento y no se lo imagina como un senador activo en el futuro, menos como una voz cantante de la oposición. De la misma manera, aunque sus aliados lo presionan para solicitar personería jurídica para la Liga de los Gobernantes Anticorrupción, uno no lo imagina como líder de partido.

En conclusión, aunque Rodolfo Hernández podría ser el líder de la oposición que la derecha necesita para reorganizarse, no parece tener disposición para jugar este papel. No obstante, la derecha debería probablemente meditar su discurso de campaña y la recepción que tuvo.

¿Se puede renovar el uribismo?

Si el liderazgo de Hernández apuntaría a un cambio extremo para la derecha, la vía opuesta sería volver al uribismo que la dominó en las dos últimas décadas. Siendo por ahora el único partido de oposición, el Centro Democrático tendrá probablemente la posibilidad de aprovechar esa travesía del desierto para recobrar fuerzas y capitalizar las dificultades del gobierno Petro.

Tiene oportunidades antiguas y nuevas para hacerlo. El alejamiento del gobierno permitirá al Centro Democrático tomar de nuevo distancia de una clase política impopular, criticando su giro hacia el gobierno de Petro como una jugada oportunista y sin principios. De esta manera, volvería al discurso que lo caracterizó

en 2014, durante el gobierno de Santos, y que llevó a Oscar Iván Zuluaga a derrotar al presidente en primera vuelta. Tendrá así la posibilidad de sumar a sus críticas a la izquierda el desprecio a la clase política que Hernández supo movilizar en el presente ciclo electoral, pero que el Centro Democrático ya no podía usar por el apoyo de buena parte de la clase política al gobierno saliente de Iván Duque.

Además, tendrá nuevas herramientas en el ejercicio de la oposición que no tenía en esta época, como el derecho de réplica que le permitirá consolidar liderazgos poniéndolos simbólicamente en un plano equivalente a Gustavo Petro. Esto le ayudará al Centro Democrático a resolver lo que será probablemente su mayor dificultad: encontrar un jefe carismático que pueda sustituir a Álvaro Uribe. Por supuesto, Uribe seguirá siendo una referencia fundamental para el movimiento, pero ya no será congresista, y tendrá que concentrarse sobre sus problemas judiciales. Para el uribismo, una tarea prioritaria será encontrar un candidato fuerte para 2026.

De esta manera, el uribismo, lejos de estar condenado a desaparecer, podría encontrar mejores días en el camino. No obstante, tiene también que enfrentar riesgos. Uno de ellos consistiría en encerrarse en un discurso radical y sectario. El resentimiento con Iván Duque, que muchos responsabilizan del declive del partido, podría dar alas a la corriente más radical del uribismo que siempre lo despreció, lo que en su momento dificultaría la capacidad del uribismo de afirmar su dominación sobre la derecha en su conjunto.

Otro desafío consistirá en renovar el discurso; es quizás ahí donde radica la mayor dificultad. La defensa de la seguridad democrática y el rechazo a la antigua guerrilla está en el ADN del uribismo, pero ya no interpreta a la mayoría de un país ansioso de pasar la página del conflicto armado y probablemente más preocupado por los retos económicos y sociales que enfrenta. Desde luego, siempre habrá ocasión de hacer campaña sobre el tema de la seguridad. Lamentablemente, la violencia sigue y seguirá siendo por un buen tiempo un problema en el país, pero proba-

blemente no tanto como para copar la agenda como en el pasado.

Quizás Álvaro Uribe, cuya habilidad política es reconocida hasta por sus adversarios más radicales, apunte a eso con su jugada de responder a la mano tendida de Gustavo Petro y de participar a las discusiones que apuntan al “Gran Acuerdo Nacional”. Así, la capacidad de reinventarse del uribismo pasará en parte por su capacidad a sacar las buenas lecciones de su derrota en este ciclo electoral.

¿Hacia una derecha más moderada?

Finalmente, un tercer camino consistiría en la aparición de una nueva derecha, más moderada que el uribismo pero más consistente que el movimiento de Rodolfo Hernández. El Equipo Colombia representó una tentativa fallida en esta dirección en esta campaña, pero quizás este fracaso no sea definitivo.

El Equipo Colombia fue una alternativa al uribismo que fue posible en buena parte porque el mismo Álvaro Uribe entendió desde el principio que su partido no tenía posibilidades en esta elección. Consistió en arreglar una coalición de dirigentes de la derecha reconocidos, no reducibles al uribismo, pero compatibles con él. La coalición se organizó con base en gobernantes locales que habían obtenido cierto reconocimiento en su gestión, lo que le permitió proponer una imagen de seriedad y experiencia. También jugó sobre un posicionamiento más “técnico” y alejado de las controversias políticas, aun si la presencia de los grandes partidos en la coalición (el conservador, la U y Cambio Radical) no permitía usar las estridencias del discurso anti política radical de Hernández.

Este posicionamiento era perfectamente lógico en el momento de renovación de la derecha en el que nos encontramos, aunque no fue suficiente por varias razones. Aunque

Uribe y el Centro Democrático se mantuvieron aparte y se la jugaron con un candidato propio hasta la consulta, siempre quedó rondando la idea de que el Equipo Colombia era una estrategia del uribismo, o al menos concertada con él. La designación de Federico Gutiérrez, el precandidato más cercano al expresidente reforzó esta idea. Por más que hiciera esfuerzos en este sentido, y que su trayectoria independiente lo respaldara hasta cierto punto, Gutiérrez nunca pudo sacarse de encima la sombra de Uribe.

Con la victoria de Gustavo Petro, el Equipo Colombia quedó desbaratado. El partido de la U, se fue en la coalición de gobierno del nuevo presidente y posiblemente el partido conservador quedará en lo mismo. No se sabe cuál será la posición de Cambio Radical, y el clan Char quedó severamente golpeado en estas elecciones con una derrota dura en la consulta, un resultado muy bueno de Petro en segunda vuelta en su baluarte de Barranquilla, y el estigma del asunto Aida Merlano encima.

Con todo, el sector tiene líderes y redes arraigados localmente. Eso le permite mirar hacia las elecciones locales y regionales de 2023 con cierto optimismo, cosa más complicada para el uribismo. Puede incluso acercarse a los sectores de la Coalición Esperanza que eligieron a Hernández en segunda vuelta y quedaron derrotados, como el clan Galán. El problema sería para este grupo de centro-derecha organizar una coalición más duradera y menos circunstancial.

Así, varios caminos se ofrecen a la derecha en la oposición. Le tomará probablemente un tiempo para elegir y organizarse, lo que da a Gustavo Petro unos meses para votar e implementar sus primeras reformas. De sus políticas dependerá también el rumbo de la derecha sobre bases más o menos radicales.■